



A 500 AÑOS DE LA UTOPIA DE TOMÁS MORO

ESTEBAN KROTZ¹

Profesor-investigador del Departamento de Antropología de la
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Publicado en la Revista Trabajadores, 2017

Hace exactamente medio milenio, en el año de 1516, se publicó en la ciudad de Lovaina (entonces perteneciente a los Países Bajos) la primera edición de la famosa obra de nombre *Utopía*. La difusión de este pequeño libro² igualmente admirado por literatos y filósofos, antropólogos y políticos, cristianos y comunistas se benefició de la invención, medio siglo antes, de la imprenta, y en pocos años se publicaron ediciones en París, Basilea, Florencia, Venecia, Viena, Colonia, Wittenberg, Francfort, Hannover, Milán, Amsterdam, Oxford, Londres, Glasgow y Berlín...

Esta también llamada “novela utópica” o “novela política” no inventó el género utópico (el mismo Moro hace referencia a escritos semejantes de Platón y San Agustín), ni mucho menos la tradición utópica. Ésta se halla no solamente en escritos de intelectuales, sino también en cuentos y leyendas populares, en fábulas y sátiras, en obras musicales y de pintura, en rituales y conmemoraciones, en filosofía y religiones, sin olvidar, desde luego, las múltiples formas de protesta contra la falta de igualdad y justicia y los movimientos rebeldes y revolucionarios de todos los tiempos. Pero Moro bautizó tal tradición. Y lo hizo con un término tan interesante como ambiguo: la palabra griega “topos” significa “lugar”, y la negación “ou” convierte la palabra en “no-lugar”; pero cabe también la posibilidad de sustituir el prefijo negativo por “eu”, entonces la palabra significaría “lugar bello” o “lugar agradable”.³ O sea, utopía es el lugar que no existe, pero también el lugar-hogar perfecto donde se desearía estar, a donde se quisiera viajar y que, tal vez –¿por qué no?–, sería posible construir.

La obra de Moro, que según su subtítulo trata del “mejor orden sociopolítico” imaginable, se convirtió, además, en un muy influyente modelo para numerosas novelas posteriores de este tipo. Como se verá en seguida y a diferencia de lo que mucha gente piensa, las utopías no son simples fantasías, imaginaciones estériles, ilusiones sin bases en la realidad, críticas fútiles o sueños imposibles. Y, como se puede ver en el caso de Moro, sus autores tienen los pies bien en la tierra.

Para entender esto, hay que recordar que las ciencias sociales se inventaron en la segunda mitad del siglo antepasado. Hasta entonces, con pocas excepciones, la mayoría de los europeos pensaba que el mundo –el mundo natural y el mundo social– constituía una realidad inamovible, acaso determinada por Dios, y que la vida individual virtuosa y la de la cristiandad consistía en adecuarse lo mejor posible a las circunstancias dadas de una vez para siempre.

En la época que llamamos de transición entre la Edad Media y el Renacimiento, o sea, alrededor del año 1500, esta convicción empieza a resquebrajarse y el mundo empieza a mostrarse cada vez más moldeado por los seres humanos (lo cual genera luego la pregunta sobre su posible modificación consciente e intencional):

- El decaimiento de los antiguos señoríos fortalece las ciudades libres y hace emerger las monarquías absolutas;
- Los viajes de Colón y de Vesputio muestran que la Tierra es redonda y llena de fenómenos para cuyo entendimiento no bastaban ya la filosofía y la teología de los antiguos, sino que se necesitaba lo que después se llamaría conocimiento científico en el sentido moderno;
- La sustitución de la agricultura de subsistencia por una producción comercial de materias primas para la incipiente industria inicia las drásticas transformaciones que finalmente desembocarán en el modo de producción capitalista;
- Las críticas a la Iglesia católica jerárquica y tan apartada de la vida solidaria e igualitaria de los primeros tiempos descritos en los Hechos de los Apóstoles, deriva en las reformas protestantes...

Todos estos procesos marcan la vida de Tomás Moro (1478-1535), y su libro no es sino un intento de entenderlos, de analizar sus causas y de buscar caminos hacia una forma de organización social verdaderamente humana. Pero no lleva al cabo tal tarea a modo de las ciencias sociales de hoy, sino a través de un experimento mental. Contrapone la Inglaterra de su tiempo a una isla ficticia llamada “Utopía”. La sociedad utopiense es diferente, no porque las y los utopienses sean seres de otra estrella o de otra raza o porque hayan recibido una inspiración divina particular, sino porque no existen en ella las causas que producen en Inglaterra la desigualdad lacerante, el despilfarro de los ricos, el ninguneo del pueblo por parte de los poderosos, la vida precaria y permanentemente angustiada de las grandes mayorías.

La Utopía de Tomás Moro

Tomás Moro nace en 1478 en el seno de una familia de la alta burguesía londinense. Recibe una excelente educación, estudia leyes y se convierte en abogado exitoso y famoso. Al mismo tiempo, da clases en la universidad y está en contacto con los principales intelectuales de su época, especialmente con los llamados “humanistas”, quienes eran intelectuales de altos vuelos que experimentaban con nuevas formas de espiritualidad cristiana y buscaban en las raíces clásicas de la civilización europea

remedios para corregir los males sociales. A los 25 años ya es miembro del parlamento, pero su carrera política al servicio del rey empieza recién a los 40 años, culminando con su nombramiento como Lord Canciller en 1529. Tres años después renuncia a su puesto por estar en desacuerdo con el divorcio del rey y su actitud frente a la Iglesia católico-romana. En 1534, Enrique VIII desconoce la autoridad papal y se erige a sí mismo como autoridad suprema de la Iglesia inglesa. Por su oposición a este acto, Tomás Moro es acusado de traición y decapitado en 1535. En 1886 es beatificado y en 1935 declarado santo por la Iglesia católica.

La situación que vive Inglaterra en estas décadas se encuentra bien reseñada en el primero de los dos libros que componen la *Utopía*. Para proveer con lana a la naciente industria textil inglesa se forman grandes unidades de agostaderos para la cría de ovejas, apoderándose los terratenientes primero de las tierras comunales y, después, expulsando a poblaciones enteras de sus tierras de labor. A los campesinos desarraigados y sin tierras se suman, como en otras partes de Europa, las hordas de ex soldados y mercenarios desempleados, así como grupos de cortesanos despedidos de las cortes feudales en desintegración. El sistema político, incapaz de ofrecer alternativas, apoya la creación de las industrias al ejercer la máxima dureza contra las masas migrantes y hambrientas, castigando, por ejemplo, el simple robo con la pena de muerte. En todos estos párrafos se muestran ya los rasgos esenciales de los puntos de vista de Moro. Profundamente afectado por el sufrimiento de las masas populares, insiste en la necesidad de no remediar los síntomas, sino de buscar las causas reales de la situación: “No hay castigo suficiente para impedir robar a quienes no tienen otra manera de ganarse la vida”.

Sin embargo, para Tomás Moro la causa principal de todos los males se encuentra en la existencia de ciertos mecanismos que permiten a los ricos robar a los pobres. La base de esta situación es la propiedad privada que se une al hecho de la invención del dinero. Sin una solución radical no habrá solución alguna: “Por eso estoy absolutamente persuadido de que, si no se suprime la propiedad, no es posible distribuir las cosas con criterio equitativo y justo, ni proceder acertadamente en las cosas humanas. Pues, mientras exista, ha de perdurar entre la mayor y mejor parte de los hombres la angustia y la inevitable carga de la pobreza y de las calamidades, las cuales, así como admito que son susceptibles de aligerarse un tanto, afirmo que no pueden suprimirse totalmente...”

La exposición de la situación en la isla Utopía corre a cargo de un viajero portugués que supuestamente participó en los viajes de Américo Vespucio, quedándose al término del último en una parte no especificada del Nuevo Mundo. En sus exploraciones desde allí llegó a conocer muchos pueblos extraños; uno de éstos es la sociedad de los utopienses con quienes convivió durante varios años.

Utopía es una sociedad ordenada y programada perfectamente. Cada provincia consiste de una ciudad y una región rural circundante; la ciudad provee la mano de obra para la producción agropecuaria, y la región rural provee a la ciudad con alimentos y materias primas. Las provincias mantienen una población equilibrada a través de las migraciones hacia o desde las colonias externas. Todos los utopienses trabajan temporalmente en las actividades agropecuarias, que son las que constituyen la actividad económica básica. Repetidamente se señala que existen pocas leyes, que no hay abogados y que la fuerza coercitiva del Estado se hace presente pocas veces. El proceso de

socialización se basa principalmente en la educación de los jóvenes y en el hecho de que todas las actividades de los utopienses se realizan en público.

No existe ni propiedad privada, ni circulación de dinero, ni comercio interior, tampoco hay posibilidad de acumulación privada ni de bienes ni de prestigio. La organización racional de la fuerza de trabajo permite la producción abundante de todos los bienes necesarios para todos y exige de las y los utopienses una jornada laboral de únicamente seis horas. Existen ciertas diferencias de estatus: los mayores cuentan más que los jóvenes, los hombres más que las mujeres. Pero las diferencias principales se vinculan con el trabajo: por una parte están los esclavos que tienen que efectuar los trabajos más duros y menos acordes con la dignidad humana como, por ejemplo, la matanza de animales. Otros estratos especiales están formados por los científicos, los sacerdotes y por ciertos servidores de la administración pública. Existe también una cierta división sexual del trabajo. Finalmente, se describen dos grupos cuyos miembros efectúan voluntariamente los trabajos más desagradables y reciben por ello un reconocimiento especial por parte de la comunidad.

Los organismos y cargos de decisión política son de elección popular, al igual que los cargos de los empleados administrativos; el cambio de todos ellos, por parte del presidente, es frecuente. La toma de decisiones importantes en los gremios de representación popular prevé la discusión previa de los asuntos correspondientes en el seno de las familias.

Gran importancia tiene la educación. Todo el mundo aprende las labores del campo y, al menos, un oficio artesanal. El conocimiento propiamente científico es administrado y reproducido por un grupo específico de utopienses que se encuentran liberados de todas las demás obligaciones de trabajo. Pero su posición no es una posición de monopolio ni de privilegio: “Una gran parte de la población, hombres y mujeres, utilizan durante toda su vida las horas llamadas de ocio para la ocupación con la ciencia”.

En la isla Utopía encontramos, además, toda una gama de instituciones –por cierto inexistentes en la Inglaterra del tiempo de Moro– que están fundamentadas en la razón y no en las costumbres. Entre ellas están el divorcio y un sistema de salud pública que asegura la mejor atención posible a las personas viejas y enfermas.

En este sentido también es de interés el largo capítulo sobre la religión de los utopienses que profesan un deísmo liberal. La creencia general en un ser supremo es la base para la existencia de un culto público común, aunque existan muchas sectas con las más diversas concepciones religiosas. Sin embargo, puede observarse una tendencia hacia concepciones religiosas cada vez más racionales. El principio de tolerancia religiosa y la limitación del proselitismo son otros de los rasgos congruentes del sistema religioso de Utopía que, en su conjunto y a través de las actividades de los sacerdotes electos – educación de los niños y jóvenes y la vigilancia sobre el cumplimiento de las costumbres– forman parte integral de la vida utopiense.

En otro capítulo bastante extenso se esboza la filosofía fundamental de los utopienses, la cual está puesta en práctica en su organización social. Tal concepción se basa en la convicción de que “todas nuestras acciones, incluyendo las virtudes mismas, tienden al placer y a la felicidad como fin”. Así profesan un eudemonismo que es, a la vez, racional y natural y que, también por lógica intrínseca, es necesariamente altruista, lo cual

se expresa en y es generado por la propiedad equitativamente compartida de todos los bienes existentes: “Afirman los utópicos que la naturaleza misma nos prescribe una vida agradable, es decir, el placer como meta de todas nuestras acciones, y definen la virtud como la vida ordenada de acuerdo a los dictados de la naturaleza. Y como ésta invita a los hombres a que se ayuden mutuamente para el logro de una vida de contento (cosa que, sin duda, no hacen sin su buena razón, pues ningún hombre está tan por encima del Estado y condición de los demás que la naturaleza tenga que ocuparse tan sólo de él, ya que ella favorece por igual a todos los que se encuentran comprendidos bajo la comunión de una misma forma y manera), ordenan, con eso, seguir como normal el no buscar la propia comodidad a costa de la incomodidad de los demás”.

Las utopías como denuncia y anuncio

Como se puede ver con claridad, la *Utopía* de Tomás Moro –y lo mismo se podría mostrar en las demás novelas políticas de este tipo como las mencionadas⁴– parte de una denuncia: acusa la situación social existente de mala y, al mismo tiempo, de mejorable. Es una denuncia que viene del rincón de los más miserables, que asume la perspectiva desde la periferia o, como se suele decir hoy, desde el lado oscuro de la modernidad. Pero no se contenta con esto; la utopía más bien trata de encontrar las causas de esta situación insatisfactoria para las mayorías y de dibujar una sociedad ideal opuesta, en donde ya no existan estas causas y, por consiguiente, tampoco los efectos nocivos de las mismas. En este sentido, contiene un anuncio: la sociedad verdaderamente humana es posible, pero sólo como resultado de la acción ilustrada y decidida de los mismos seres humanos.

Muchos autores de novelas utópicas comparten el señalamiento de Moro de la causa central del desorden existente: la propiedad privada, o sea, la apropiación privada de los bienes que originalmente son de todos. Es ella la que lleva en sí misma la consecuencia de la distribución desigual de la riqueza colectivamente generada y cimenta la miseria de las masas. Es ella la que es provocada por y reproduce la “malvada avaricia” de la que resulta que en todo el mundo las naciones operen como un complot o como una conspiración “de gentes ricas que a la sombra y en nombre de la república, sólo se ocupan de su propio bienestar, discurriendo toda clase de procedimientos y argucias, tanto para seguir, sin temor a perderlo, en posesión de lo que adquirieron por malas artes, como para beneficiarse, al menor costo posible, del trabajo y esfuerzo de los pobres y abusar de ellos”. Por tanto, su abolición es la condición de posibilidad de la vida en comunidad de ciudadanos y ciudadanas libres e iguales.

En el fondo de ésta y otras novelas utópicas de aquel tiempo y de siglos posteriores está el sueño viejo y sencillo y siempre nuevo: el sueño del ser humano que se realiza como tal en la tierra, en comunión con sus semejantes. No se trata del ser humano que peregrina angustiado por el cotidiano Valle de Lágrimas y busca salvarse de este mundo corrompido y sus tentaciones. Más bien aparece el ser humano, quien domina las cosas de este mundo y las disfruta en comunidad con sus hermanas y hermanos, para crear la felicidad de todos los ciudadanos y, de esta manera, también de sí mismo.

Las utopías de Moro y de otros son, por consiguiente, expresiones de la fe en la razón, si no la de todos, por lo menos de uno o de algunos, para entender por qué se está

como se está y para saber qué hacer para salir del atolladero. Esta salida, sin embargo, implica un cambio de rumbo.⁵

La necesidad de la utopía hoy

Hace unas semanas, Antonio Chavarrías comparó los años cuarenta del siglo pasado retratados en su película *El elegido* en los siguientes términos con la actualidad: “En aquella época la gente creía que la revolución transformaría al mundo para bien; ahora todos estamos cargados de escepticismo... Es como decir: ‘Pase lo que pase, no va a cambiar nada...’”.⁶ Parece que éste es el sentimiento de mucha gente frente a la involución de la democracia revelada por las elecciones presidenciales en Estados Unidos, la incapacidad de la Unión Europea de reaccionar con humanismo ante las solicitudes de ingreso de ciudadanas y ciudadanos provenientes de sus antiguas colonias, y de las Naciones Unidas para prevenir e impedir tantas masacres recientes. Pero ¿responden las ciencias sociales adecuadamente a los retos del presente?

América Latina, cuyos gobiernos no pueden o no quieren controlar la violencia homicida de todos los días ni generar fuentes de trabajo decentes que harían innecesaria la emigración de millones de ciudadanas y ciudadanos y terminarían con la pobreza de muchos más en la región es, según el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, el continente más desigual del mundo.⁷ Pero ¿se están descolonizando las ciencias sociales para diagnosticar la situación adecuadamente y mostrar alternativas, o están repitiendo las explicaciones impuestas desde el Norte o, peor aún, están evadiendo el reto? En todo caso parece cierto que, en palabras de un científico social ecuatoriano, “existen elementos de crítica al paradigma neoliberal desde diferentes ámbitos, pero antes que una crítica articulada se trata de críticas específicas y dispersas –desde la ecología política, la economía feminista, las posiciones neoestructuralistas, las teorías de los movimientos sociales, las teorías culturalistas, la crítica al desarrollo, etc.–, pero no se logra articular un nuevo paradigma que posibilite, como en la época estructuralista, una propuesta alternativa de un nuevo modelo de desarrollo”.⁸

Ante esta falta de perspectivas generales, ¿no podrán convertirse obras como las de Moro en inspiraciones para que las ciudadanas y los ciudadanos recobren el ánimo, se atrevan a formular visiones de sociedades verdaderamente humanas y exijan a las ciencias sociales generar, a partir de tales visiones, modelos radicalmente alternativos de sociedad y cultura? Así, éste y otros escritos utópicos, que han sido descalificados frecuentemente desde el poder como quimeras intrascendentes e incluso como espejismos peligrosos, impulsarían la recuperación de la indignación sobre la desigualdad y la pobreza injustificables y animarían el optimismo militante para la transformación del desorden sociocultural existente.

1

Las citas de la obra provienen de la clásica edición hecha por el Fondo de Cultura Económica (Colección Popular, número 121), que la reúne con las novelas utópicas de Tomaso Campanella, *La Ciudad del Sol*, y Francis Bacon, *Nueva Atlántida*, y que cuenta con un instructivo prólogo del editor, el filósofo y traductor Eugenio Ímaz. Cabe señalar que recientemente (2016) se ha publicado en la misma editorial

una edición conmemorativa de la obra moreana, de la que existen, además, diversas traducciones en la red.

² Las citas de la obra provienen de la clásica edición hecha por el Fondo de Cultura Económica (Colección Popular, número 121), que la reúne con las novelas utópicas de Tomaso Campanella, *La Ciudad del Sol*, y Francis Bacon, *Nueva Atlántida*, y que cuenta con un instructivo prólogo del editor, el filósofo y traductor Eugenio Ímaz. Cabe señalar que recientemente (2016) se ha publicado en la misma editorial una edición conmemorativa de la obra moreana, de la que existen, además, diversas traducciones en la red.

³ Partes de lo que sigue se basa en el capítulo 4 de Esteban Krotz, *Utopía* (Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1988). Puede consultarse también, del mismo autor, el artículo “Invitación a la utopía: en torno a utopías y antiutopías”, en la revista *Nueva Antropología*, v. xi, 1990, n. 37; y los capítulos III-V del libro *La otredad cultural entre utopía y ciencia*, Fondo de Cultura Económica, 2013.

⁴ Ver nota 1.

⁵ Cabe recordar aquí que no solamente las noticias sobre el Nuevo Mundo ejercieron su influencia sobre la imaginación de Tomás Moro. A su vez, su libro sirvió de inspiración para uno de los experimentos sociales más innovadores e importantes realizados en América Latina, o sea, los hospitales creados por Vasco de Quiroga en el centro y occidente de México para contravenir la explotación inmisericorde de la población mesoamericana por los invasores europeos.

⁶ Así en la entrevista hecha por Columba Vértiz de la Fuente, “Trotsky y Mercader, ficción basada en la realidad”, en revista *Proceso*, n. 2087, 30 de octubre de 2016, pp. 87-88.

⁷ Puede consultarse el “Informe Regional sobre Desarrollo Humano para América Latina y el Caribe 2010: Actuar sobre el futuro: romper la transmisión intergeneracional de la desigualdad” de 2010 en: <http://hdr.undp.org/sites/default/files/rhdr-2010-rblac.pdf>.

⁸ Juan Ponce, “El papel de las ciencias sociales en la América Latina contemporánea”, en Alba Carosio, Catalina Banko y Nelly Prigorian (coords.), *América Latina y el Caribe: un continente, múltiples miradas*, Ed. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, 2014, pp. 37-39.